



Mural *El derecho a la cultura* (detalle) de David Alfaro Siqueiros.
Fotografía: Abel Zúñiga. Fuente: DGCS / UNAM.

FIGURAS REVISTA ACADÉMICA DE INVESTIGACIÓN

ISSN 2683-2917

Vol. 3, núm. 3, julio - octubre 2022

<https://doi.org/10.22201/fesa.26832917e.2022.3.3>



Esta obra está bajo una licencia
Creative Commons Atribución-NoComercial-
CompartirIgual 4.0 Internacional

La universidad necesaria en el siglo XXI de Pablo González Casanova

The Needed University of the 21st Century
by Pablo González Casanova

<https://doi.org/10.22201/fesa.26832917e.2022.3.3.222>

 Miguel Ángel Mata-Salazar

Universidad Nacional Autónoma de México.

Facultad de Estudios Superiores Acatlán.

Facultad de Estudios Superiores Aragón. México

Hablar de cambios en los diversos órdenes de la vida humana a escala planetaria en las últimas décadas del siglo XX parece haberse convertido en un lugar común dentro de las ciencias sociales. A manera de ejemplo, se pueden citar temas como la caída del bloque socialista,

asociados en un primer momento con el resurgimiento del nacionalismo en los países europeos; otros fenómenos como la crisis del Estado de Bienestar en los países centrales y su desmantelamiento intencional, fueron observados en su dimensión sociopolítica. En ambos casos, profundas metamorfosis de las sociedades se asociaron a la noción de crisis como una etapa de transición.

Simultáneamente a lo anterior, un conjunto de cambios tecnológicos en el terreno de la comunicación y la información incidieron en la percepción y reorganización social del tiempo y el espacio, prácticamente a escala mundial. Estos cambios, y su caracterización, han sido tema y objeto de debate en la sociología en un panorama que se presenta en una amplia gama de abordajes.

Es así como se ha hecho referencia a la globalidad en tanto modalidad de la modernidad (Pozas 2002), en otros casos se ha enfatizado el desencanto que acompaña la globalización y las subjetividades que en ella se forjan (Suárez, *et al.* 2012), o se ha dado cuenta de la presencia en el espacio de lo social de agentes individuales y colectivos que actúan de forma inversa a los propósitos racionales de la modernización para hablar de una desmodernidad (Zermeño 2004), o igual se pone énfasis en los límites que a la soberanía estatal le han impuesto los procesos de integración comercial y financiera (Saxe 1999). Sin embargo, la dimensión analítica de los cambios en las sociedades de la segunda mitad del siglo XX ya había sido abordada cuando la emergencia de un conjunto de acepciones, con el fin de los años sesenta, configuró gradualmente un nuevo escenario teórico de la sociología occidental dominado hasta entonces por el funcionalismo y el marxismo (Gouldner 1979).

Alain Touraine (1969) empezó a hablar de “sociedad programada” o “sociedad post-industrial.” Hacia los años noventa, cobró preponderancia la noción de “modernidad reflexiva” o “modernidad radicalizada” de Anthony Giddens (1993) a la par que la “segunda modernidad” o “modernidad tardía” de Ulrich

Beck (1998), cuya teoría sociológica se encaminaba a ocupar un lugar relevante ante la constatación de las amenazas globales del desarrollo tecnoindustrial al medio ambiente ante la explosión de la planta nuclear de Chernóbil. Poco más tarde Manuel Castells (1999) con su elaborada teoría y diagnóstico de la “sociedad red” o “era de la información” llegaría a ser considerado dentro de algunos círculos académicos como el Max Weber del siglo XXI.

Este escenario teórico se puede comprender como efecto de lo que Richard Bernstein (1983) interpretó como una reestructuración de la teoría social, con la cual se rompieron los presupuestos metodológicos que equiparaban la ciencia social con la ciencia natural, se cuestionó la separación entre ciencia e ideología y a la modernización como un principio teórico (Castañeda 1987) que dio paso a semánticas teóricas desde las últimas décadas del siglo XX cuyos desarrollos se anclaron en movimientos filosóficos que modelaron profundamente la conciencia en torno a la crisis de la modernidad.

A las implicaciones epistemológicas y teóricas derivadas de lo anterior se agregaron no sólo las temáticas emergentes de la crisis del Estado de Bienestar y sus actores, sino el impacto en las ciencias sociales del problema que representó la conciliación entre universalismo, particularismo y las diferentes acepciones de verdad, un problema en las ciencias sociales que, desde el período de la segunda posguerra mundial, surgió con el auge de los estudios regionales sobre Asia, África, América Latina, etc. (Wallerstein 1996).

En éstos, la otredad y la verdad habrían de resultar indisociables de las relaciones de poder y el control social y, por tanto, en su devenir no sólo colocaron en entredicho las pretensiones de neutralidad de la ciencia social, noción anclada en la metodología de las ciencias naturales, sino que la superaron. Al respecto, Wallerstein ha escrito, “Hoy el occidente concuerda con nosotros en que el camino hacia la verdad pasa por numerosos caminos distintos de los de la

lógica aristotélica o tomista o de la dialéctica hegeliana” (Wallerstein 1996, 61).

La trayectoria de desacuerdos y disputas que ha posibilitado llegar a este reconocimiento en la pluralidad de métodos en torno a lo que es la teoría social –y lo que puede ser en relación a su objeto, sea cual sea la forma en que éste se conciba por la teoría– ha incluido cuestiones ideológicas y valorativas y, por tanto, ha incorporado en el conocimiento teórico a los sistemas de valores desde cuyos referentes se interpreta la realidad histórico-social. En la trayectoria de este rechazo a la pretensión de neutralidad científica se convalidó el anclaje entre la teoría social y sus coordenadas espacio-temporales de las diversas experiencias de la vida social y, con ello, el sentido histórico del pensamiento sociológico.

En América Latina, esta trayectoria histórico-intelectual del pensamiento sociológico es inseparable del trabajo intelectual y político de Pablo González Casanova al asumir, desde la década de los sesenta, en tiempos de auge de la teoría de la modernización y una racionalidad funcionalista y presupuestos metodológicos naturalistas, que el conocimiento es una relación de poder con el cual es factible proponer alternativas de cambio social. Así, González Casanova escribió en *Estudio de la Técnica Social* que:

Es cierto que ni la base o las causas de la historia, ni los fines comunes a que puede aspirar históricamente el hombre, se fundan en la razón, o se pueden fundar en una mera reflexión científica; pero lo contrario sí es cierto. Que esta base existencial y estas metas que han surgido a lo largo de la existencia humana son susceptibles de ser estudiadas en sus tendencias, con el objeto de hacer una generalización sobre su contenido, y de ver las posibilidades técnicas de relacionarse con los fines del hombre. Negar esta posibilidad de estudio es hacer de la ciencia una ciencia funcional, es preconizar que ésta se halla necesariamente obligada a volver a la etapa en que los hombres sólo conocían

a los dioses funcionales, que servían a un grupo para dominar a otro, sin objetivo moral alguno, sin concepto alguno del hombre como ente general. (González Casanova 1958, 125)

Esta crítica al conocimiento sociológico de la época, y categorías como riqueza y desarrollo, propias del sistema de poder y el control social, se presenta de forma más explícita en su propuesta de abordaje para el estudio de la explotación como un tema no tratado dentro de la sociología en la década de los sesenta. Una propuesta en la cual subyace el método del materialismo histórico, que utiliza lejos de toda vulgarización o dogmatización.

González Casanova escribe en *Sociología de la Explotación*:

En la mejor tradición científica liberal y empirista se manejan con lenguaje técnico y métodos sofisticados los conceptos de desigualdad, disimetría y desarrollo. El estudio de estos conceptos no es solamente útil para destacar los vínculos con un sistema de valores, sino para advertir las diferencias que estos valores tienen respecto a las características del concepto de explotación. Si el primer objetivo puede mostrar una vez más a los sociólogos empiristas que toda investigación científica del hombre está ligada a valores, incluida la que ellos practican, el segundo puede justificar el estudio específico del fenómeno de la explotación. (González Casanova 1976, 12)

En este sentido, el trabajo intelectual de González Casanova ha sido indisoluble de su compromiso ético y político frente a la dinámica de la explotación capitalista. Por ello no es casual que, en el marco del clima político derivado de la toma de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) por la policía federal preventiva para poner fin a la huelga estudiantil de 1999 a raíz de la aprobación del reglamento de pagos, Pablo González Casanova, rector de la UNAM, creador

del Colegio de Ciencias y Humanidades (CCH) y director del Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, haya publicado *La universidad necesaria en el siglo XXI* (2001).

Ante el embate neoliberal a la UNAM, advierte en la presentación-justificación de este libro que los ensayos que contiene “aparecen en un momento en que dar ‘mejor educación para más’ es un problema de seguridad nacional” (González 2013, 11).

En este contexto, y ante el impulso económico y financiero de la globalización, la desnacionalización de los dominios constitutivos de lo nacional ha implicado el manejo de los estados con una perspectiva gerencial. De ahí que González Casanova señale el riesgo de las tendencias de empobrecimiento intelectual y material que ello entraña para la humanidad, así como “la necesidad de la resistencia y la construcción de una alternativa de confrontaciones y negociaciones que abra una nueva historia de un fenómeno necesario e incierto. En todo caso se requiere de una creciente conciencia y organización, un conocimiento actualizado y lúcido de los legados y las novedades de las humanidades, las ciencias, las técnicas y las artes. La nueva edad del conocimiento será una edad de lucha por el conocimiento” (Ibíd., 12) en la que es cardinal una nueva universidad.

Un rasgo característico de la globalización es la desnacionalización mediante el desarrollo de microprocesos que operan en la desarticulación de marcos normativos unitarios del Estado nacional. Dentro de ello se puede entender que la instrumentalización de la educación superior, y su crisis en México, inducida por el proyecto privatizador y globalizador de las universidades, fue el eje de la movilización y lucha estudiantil de la UNAM en la huelga de 1999, un proyecto que ha tenido su principal referente en el incremento de cuotas, pero que, no obstante, ha implicado el impulso dentro de la Universidad de un proceso de organización empresarial del conocimiento.

Esto se puso en marcha con la acreditación de planes y programas de estudios con posterioridad

a la entrada en vigor del Tratado de Libre Comercio en el gobierno de Carlos Salinas de Gortari, así como con la creación de instituciones como el Consejo Nacional de Evaluación en 1989. Ambos elementos son constitutivos de políticas educativas y microprocesos orientados por el objetivo de alcanzar niveles de competitividad y calidad en la educación superior, vinculando estos parámetros, y sus implicaciones, con las necesidades de las empresas y la acumulación de capital y, de ahí, con las posibilidades de empleo de los egresados de las instituciones de educación superior. Como apunta González Casanova, de esta manera se determinan cuantitativa y cualitativamente “las necesidades y los objetivos del saber y el saber hacer” mientras que al estudiante y a la educación se les instrumentaliza como mercancías al asignar “un mequino programa de becas para estudiantes pobres y aplicados” (González 2013, 25).

A esta crítica a la privatización de las universidades González Casanova agrega el deliberado interés para propagar entre sus estudiantes la ignorancia de la historia, la política o las ciencias vinculadas con el humanismo, pues la noción de educación de calidad, fundamento de los procesos de acreditación de las carreras universitarias, forma parte de una política educativa implementada para la legitimación social de esta visión de la educación dentro y fuera de las universidades bajo la perspectiva de que así contribuyen a una noción del desarrollo, de la que no se suele decir que se basa en la competitividad y la gravitación del mercado sobre lo social. Es así que indicadores de productividad de la planta docente universitaria, la cual se vincula a ajustes organizacionales y a la viabilidad financiera de las instituciones en las que desempeñan las labores docentes, giran en torno al reporte de publicaciones, la presentación de ponencias, participación en congresos, o conferencias y pláticas, la obtención de grados y un sinnúmero de actividades académicas factibles de ser consideradas como indicadores para la acreditación de los programas de educación superior en tanto evidencias de productividad y competitividad.

La pauta organizacional de esta dinámica privatizadora, y sus embates dentro de la UNAM durante la huelga de 1999, se manifestaron en la subjetividad de “numerosas autoridades educativas, en empresarios, rentistas, propietarios de ‘medios’, arzobispos, intelectuales y publicistas. Al surgir el conflicto de la UNAM muchos de ellos reclamaron el uso de la fuerza pública y de la ‘violencia legal’ para resolver los problemas de la institución. Algunos llegaron a pedir públicamente que desapareciera la UNAM. Su política educativa quiso basarse en una política represiva” (González 2013, 46).

Ante este desmantelamiento de los marcos normativos históricamente construidos como dimensión constitutiva de lo nacional en México, González Casanova propone la formulación de una nueva universidad. Luego de preguntarse sobre lo que eso significa, la define por la orientación al conocimiento en un marco de luchas por la democracia como proyecto universal, ya que la democracia existente se encuentra acotada a lo político-electoral, y se requiere, antes bien, de un proyecto que “incluya la democratización de las organizaciones sociales de las mayorías y la democracia del poder del Estado. En el proyecto de democracia de todos, surge necesariamente la lucha contra la explotación, contra la marginación y la exclusión como parte de la propia lucha democrática” (González 2013, 52).

El modelo nuevo de universidad que propone González Casanova (2013, 12) se planea a partir de una reestructuración de la educación superior que vincula a estudiantes y profesores, respeta nuestras grandes instituciones y combina diversas formas de educación, como las tradicionales y la electrónica, mezcla construcción y lucha, negociación y consenso con la acumulación de fuerzas proclives al interés común, así como promueve la creación de nuevas instituciones que, ya sea dentro o fuera de las antiguas, se abran a la enseñanza de la ciencias y las humanidades y a la producción de material educativo para el aprendizaje.

La globalización ha modificado todos los órdenes de la vida y la organización que las instituciones del mundo moderno establecieron con posterioridad a la Segunda Guerra Mundial, ello ha provocado incertidumbre e insatisfacción ante la pérdida de referentes de sentido y organización social basados en la soberanía estatal, la democracia representativa, el desarrollo económico, la estructura de vida familiar o las expectativas de vida alrededor del trabajo y el estado de bienestar.

Estas aristas son abordadas en el conjunto de ensayos de este libro que, publicado en un contexto de movilizaciones nacionales e internacionales con el común denominador de la oposición a la globalización neoliberal, presenta un diagnóstico de la educación superior frente al neoliberalismo como proceso y proyecto histórico, y propone como uno de los temas torales del libro: un proyecto de educación de calidad para todos.

Sin embargo, lejos de lo que se pueda entender desde el sentido común sobre la idea de una educación para todos, en el ensayo “Educación para todos: algunos productos prácticos y otros ideológicos” González Casanova precisa que una educación para todos no se puede fundar en universidades populares, ya que por educación para todos propone “entender el conjunto del género humano, o al de una región cultural, o al de una nación, provincia, entidad federativa, municipio o localidad, que en el caso de las grandes ciudades se divide en barrios, colonias o delegaciones como en la ciudad de México” (González Casanova 2013, 68).

De este modo, los niveles de calidad de la educación habrán de

plantear la educación para la ciudadanía y no sólo para las nuevas exigencias educativas y antieducativas de competitividad a nivel mundial. Deberán plantear la educación de los pueblos y las comunidades para su lucha por la democracia y por la producción de bienes y servicios de primera necesidad frente a caciques, mafias y compañías

que se opongan a su organización democrática en la sociedad civil, en el gobierno y el Estado, o a la organización de empresas, servicios y mercados locales que les permitan satisfacer sus demandas básicas. La educación para la ciudadanía, con la del trabajo para producir bienes y servicios que la población requiere, implicará el respeto a los ciudadanos pobres y a su trabajo. Pugnará por disminuir la injusticia y la opresión en el mercado y el Estado, y por cerrar el paso a las políticas represivas y monopólicas que se combinan con políticas neoliberales y paternalistas de solidaridad sin dignidad y de caridad para miserables que la pierdan. (González Casanova 2013, 68)

En ese orden de ideas se comprende que “En primer término es necesario desechar la idea de que la educación de calidad para todos se pueda lograr fundando una especie de escuelas o universidades libres o populares. Esa es una forma anticuada de abordarlo” (González Casanova 2013, 73) ya que en su momento estas escuelas contribuyeron en la formación de núcleos de resistencia y en el desarrollo de culturas alternativas. González Casanova propone así un sistema de red de redes en el que se congreguen organizaciones ya existentes en las cuales se habrían de combinar el potencial del sistema público con el privado de investigación con planteamientos y prácticas educativas de Paulo Freire.

“Addenda para una agenda” es un ensayo en el que se presenta la idea de la interdisciplinariedad como resultante del diálogo de las ciencias y las humanidades con propósitos libertarios. Un tema se expondrá con mayor amplitud en su libro *Las nuevas ciencias y las humanidades: de la academia a la política* (2004) y en el que señala la

necesidad de conocer las nuevas ciencias y tecnologías no sólo para realizar un estudio del papel que estas últimas cumplen en la redefinición del sistema de dominación y acumulación capitalista,

ni sólo para formular la crítica a las mismas por su carácter ideológico, particularista y enajenante, sino, también, como conjunto de conocimientos que pueden ser útiles a las fuerzas alternativas para defenderse del sistema dominante y construir el poder alternativo que sirva para alcanzar sus propias metas de democracia con justicia social, con capacidad de decisión de los pueblos, las ciudades, los trabajadores, y para implantar políticas alternativas de acumulación, distribución, seguridad, educación, salud, medio ambiente, pluralismo religioso, ideológico, político, en que pueblos, trabajadores, ciudadanos, con respeto a sus autonomías y a sus soberanías, redefinan los valores universales y particulares. Las nuevas ciencias formarán parte del nuevo proyecto alternativo emergente. Someterlas a una crítica rigurosa es necesario pero insuficiente. Se requiere dominar su lógica y su técnica para defenderse de ellas, o para utilizarlas y adaptarlas al proyecto liberador. (González Casanova 2004, 288)

Si la globalización neoliberal se expresa como crisis de contenidos racionales de la modernidad, esto implica que en la actual fase de la “postmodernidad” en realidad no se observa alguna pretensión de eliminar la racionalidad como fundamento de propósitos libertarios, ya que la racionalización, en tanto el predominio de la razón instrumental, y la subjetivación, se separan, pero al mismo tiempo se complementan. Muestra de ello es la expansión de procesos de subjetivación política que ponen en cuestión el predominio de la racionalidad y, sin embargo, tales procesos al mismo tiempo buscan recomponer la racionalización para integrarla como parte de sus tendencias libertarias, de tal forma que racionalización y subjetivación resultan complementarias.

La irracional racionalidad instrumental de la modernidad capitalista y tecnológica ha tenido un carácter altamente corrosivo para todas las formas de vida durante las últimas décadas; sin embargo, ello a su

vez ha propiciado una revitalización de las energías emancipatorias de la modernidad. El libro de ensayos: *La universidad necesaria en el siglo XXI* de Pablo González Casanova constituye un ejemplo de esta revitalización dentro de la sociología latinoamericana, con un llamado particularmente trascendente para la comunidad universitaria que este año celebra el centenario de su nacimiento: “Ningún modelo alternativo de país o de universidad será valioso sin un proyecto que incluya la educación en ciencias y humanidades, en artes y tecnologías, y la organización democrática de los profesores y estudiantes en vínculos crecientes con el resto de la sociedad. Los textos de este libro quieren ser una contribución entre millones de las que forjen el consenso de la grandeza a que también pueden aspirar las criaturas humanas.” (González Casanova 2004, 4). —

Referencias

- Beck, Ulrich. 1998. *La Sociedad del Riesgo, Hacia una nueva modernidad*. Barcelona: Paidós Básica.
- Bernstein, Richard. 1983. *La reestructuración de la teoría social y política*, México: FCE.
- Castells, Manuel. 1999. *La era de la información: economía, sociedad y cultura. Vol. I, La sociedad red*, México: Siglo XXI.
- Castañeda, Fernando. 1987. “La crisis de la epistemología” en *Revista Mexicana de Sociología*, IISUNAM, año XLIX, no.1 (enero-marzo) pp.13-31.
- Giddens, Anthony. 1993. *Consecuencias de la modernidad*. Madrid: Alianza.
- González Casanova, Pablo. 2013. *La universidad necesaria en el siglo XXI*. México: Era.
- González Casanova, Pablo. 2004. *Las nuevas ciencias y las humanidades: de la academia a la política*. México: Anthropos.
- González Casanova, Pablo. 1976. *Sociología de la explotación*, México: Siglo XXI.
- González Casanova, Pablo. 1958. *Estudio de la Técnica Social*. México, México: UNAM.
- Pozas Horcasitas, Ricardo. 2002. *La modernidad atrapada en su horizonte*. México: Porrúa-Academia Mexicana de Ciencias.
- Suárez, José, Verónica Zubillaga, Guy Bajoir. 2012. *El nuevo malestar en la cultura*. México: UNAM.
- Touraine, Alain. 1969. *La sociedad postindustrial*. Madrid: Ariel.
- Wallerstein, Immanuel. 1996. *Abrir las ciencias sociales*. México: Siglo XXI.